

ca, de buena voluntad cósmica, ha recogido cuanto arrojan torrentosamente los tórculos editoriales de Chile.

Ahí aparece tal número de poetas, escritores en prosa, críticos, historiadores y novelistas como no los hubo ni en la Grecia del tiempo de Pericles, ni en la Roma ciceroniana, ni en la Inglaterra del período isabeliano, ni en la Florencia de Maquiavelo ni en el siglo áureo de Castilla. Cuanto vecino de buena voluntad esgrimió la pluma se mezcla torpemente con los favorecidos del don divino de la sensibilidad. Así vemos que al lado de unos cuarenta nombres distinguidos y de otros tantos apreciables dominan docenas de simples aficionados que por la amistad del señor Lillo se transforman en grandes estilistas, en eruditos soberbios, en artistas insuperados, en líricos inmensos. Gracias a su excesiva tolerancia y a su miopía crónica seguiremos sin una antología y en los colegios se continuará esperando el ansiado libro de consulta. Esa malicia de los críticos execrados por el señor Lillo ha servido, en tanto, para extender las dimensiones de la comprensión estética, del gusto depurado y de la aversión a los ateneos y cenáculos de hombres de voluntad tan buena como grande su ineficacia para officiar en el «templo del arte». Este último es un término que sacamos de no se qué antología con pretensiones de ecuménica (1).—*Ricardo A. Latcham.*

(1) En el torrente verbal del señor Lillo hay sitio para los más pintorescos disparates. De Augusto Winter dice (p. 115-16), que pasó la mayor parte de su vida en Nueva

HISTORIA

ESTADO ACTUAL DE LA PREHISTORIA ECUATORIANA, por *Max Uhle.*

Uhle no es para nosotros un desconocido. Participó como jefe del servicio arqueológico en diferentes exploraciones efectuadas en nuestro

Imperial, en las orillas del Lago Budi. La verdad es que el citado lago se encuentra a una distancia respetable de dicho pueblo.—De Augusto Millán Iriarte (pág. 566) expresa que fué Cónsul General de Chile en España. Este cargo lo ocupaba, cuando Millán fué Cónsul de Chile en Cádiz, el señor don Anselmo de la Cruz.—Es realmente increíble tanto descuido en los detalles de un libro para la enseñanza secundaria. Nos hace retroceder a los centones como el de Don Jorge Hunneus, que desmenuzó agudamente Eliodoro Astorquiza en la malograda revista *Juventud.*

El sistema de puntuación de Lillo es tan curioso que hace aparecer como obras distintas de Armando Donoso *Vida y viajes de un erudito* y *Don José Toribio Medina*, que sólo forman un título y un subtítulo. Ocurre idéntica cosa con *Recuerdos de medio siglo* y *Don José Victorino Lastarria* del mismo autor.—En la página 54 nos sorprende haciendo aparecer como obra de Julio Molina Núñez un estudio sobre el poeta Isaías Gamboa. Dice Lillo: *Vida y obras del poeta colombiano Isaías Gamboa.* Tan aparatosa indicación bibliográfica sólo corresponde a un modestísimo prólogo de una selección del poeta.

En la página 523 dice que Roberto Meza Fuentes escribió un *Jardín Profano*. Tan solo conocemos su libro *El jardín profanado*. ¡Hay diferencia!

La bibliografía de Daniel de la Ve-

país, especialmente en las provincias del Norte. Desde varios años trabaja en el Ecuador. Ha dedicado a su profesión toda esa persistencia y el cariño a la ciencia que caracterizan a su raza.

ga aparece mutilada. No así la de una colección de grafómanos lamentables. Es curioso que en una historia literaria chilena puedan estamparse los nombres de don Francisco Ovalle Castillo, de don Oscar Barraza León y de don Carlos Vega López. Se confunde aquí la literatura con un índice de las impresiones hechas en Chile durante los 30 años de este siglo.

Cada vez que abrimos el libro del señor Lillo para hojearlo hallamos nuevas enormidades que nos obligan a aumentar la interminable acotación de dislates. En la página 44 sorprende la novedad de que don Agustín Edwards Mac Clure ha sido candidato a la Presidencia de la República.

En la pág. 567 hace Director del Museo Nacional a Don Carlos Porter y en la Pág 537 dice que Pablo Neruda ha sido Cónsul de Chile en China. (Ha tenido ese cargo en Rangoon y en Colombo.) A Don Juan Agustín Barriga, que vió la luz en 1857, lo hace nacer en 1853. En la página 414 observa que Don Tomás Gatica es «uno de los primeros novelistas de Hispano América».

No omite nunca el señor Lillo cuanto premio, medalla, mención honrosa y escabel académico han ocupado los diversos versificadores y iróforos (¿qué tal el término ateneísta?) en las más peregrinas justas literarias de América. De un juez serenense dice que se dedicó a las musas «en los momentos libres de su absorbente profesión». (P. 372.)

En fin, volvemos a decir que es imposible compendiar todo lo que vierte el señor Lillo por el caño irrestañable de su entusiasmo. Sería tarea pueril y triste. Baste por ahora con lo citado.—R. A. L.

Esa vida, laboriosa cual pocas, ha encontrado ahora la coronación que merecía. Uhle figurará en los anales de la historia americana como uno de los investigadores revolucionarios que han venido a transtornar las bases de lo que se sabía hasta ahora. ¿O no hemos aprendido todos que en América existían diferentes culturas indígenas? Pues Uhle ha podido comprobar la unidad cultural de esas culturas (1). Oigamos sus propias palabras:

Ahora sabemos—dice—que, como las civilizaciones europeas tomaron todas su origen en una antigua de la isla de Creta, asimismo todas las superiores americanas estaban originadas por muy antiguas mayoides, que en Centroamérica se formaron, como la consecuencia del desarrollo de la civilización de los mayas en el Este de Honduras, Guatemala, Yucatán y Chiapas.

La primera civilización de Cuenca (Ecuador), en todos los rasgos de la técnica, formas y ornamentación, se parece hasta la identidad a la civilización que, descubierta en los años de 80 por el alemán Hermann Strebhel, de Hamburgo, en Cerro Montoso, cerca de Vera Cruz, en el Este mejicano, fué descrita por él en varios libros.

Naturalmente, habría sido imposible el transporte de aquella civilización de la costa oriental de México, región tan lejana, directamente a las costas ecuatorianas.

Pero indicios de elementos propios de la antigua cultura de los Chorotegas, que vivían en la parte occidental de Nicaragua en la costa pacífica, en la civilización mayoide de Cuenca, nos indican el camino tomado por la civilización maya para acercarse a las costas ecuatorianas.

(1) Publicación del Gobierno del Ecuador, oficina de Información y Propaganda del Estado. Quito, 1929.

Por la estrecha afinidad de la civilización de Cuenca con las primeras conocidas del Perú, protonazca y protochium, fué posible, ahora, probar, hasta la evidencia el origen mayoide centroamericano también de estas peruanas. (Pág. 36-37.)

Este descubrimiento fundamental de Uhle ya le señalaría a él una gloria inmortal entre los americanistas. Pero sus investigaciones han solucionado, además, un problema esencial de la arqueología mexicana. Como es sabido, la mayoría de los americanistas atribuía hasta ahora especial importancia a la cultura tolteca en el desarrollo de las culturas mexicanas. Uhle ha podido comprobar, ahora, al contemplar aquellas culturas bajo el aspecto sudamericano, que tal opinión es errónea.

El sistema genealógico atribuido antes a las civilizaciones mexicanas en general—dice al respecto—no estaba, hasta el último tiempo, de acuerdo con la derivación de las primeras civilizaciones sudamericanas con las mexicanas. Por eso mexicanistas prominentes se habían, también, negado siempre a aceptarla. Mas ahora esta derivación es evidente; sólo el sistema aceptado de las civilizaciones mexicanas no estaba con ella de acuerdo. En este sistema se había dado a la civilización de Cerro Montoso, descubierto por Strebel, como a todas las mayoideas, menor importancia y una posición más nueva. Otro estudio tuvo, por eso, que emprenderse para comprobar aquellas diferencias de conceptos, y esto dió por resultado el trastorno del sistema antes aceptado, el destronamiento de la civilización de los toltecas que antes habían estado en el centro del desarrollo, y la elevación de las mayoideas en su lugar, como primeras centroamericanas, de las que se habían derivado también

todas las mexicanas posteriores a la puramente arcaicas.

De esta manera—continúa Uhle—el descubrimiento de una civilización cuatoriana se ha transformado en piedra angular para la reforma de todo el sistema de las civilizaciones americanas aceptado antes, y es dudoso si tan importante reforma se habría realizado tan temprano, y de otra manera, sin las condiciones de las civilizaciones ecuatorianas, especialmente favorables a investigaciones de este sentido.

Carlos Keller R.

CIENCIAS SOCIALES

EL OCASO DE UN RÉGIMEN, por *Luis Araquistain*.

Desde la dirección del semanario *España*, Luis Araquistain manifestó su temperamento vigoroso y su radicalismo, frente al problema político, combatiendo todo aquello que comunicaba odiosos aspectos de cosa caduca a la vida social española. Anteriormente, se había pronunciado en favor de la causa de los aliados, durante la gran guerra, dando pruebas de su tendencia hacia lo universal y demostrando, al lado de Unamuno, sus excepcionales dotes de polemista.

Sus numerosos libros evidencian estas y otras cualidades sobresalientes. El último de ellos, intitulado *El ocaso de un régimen* (1), contribuye a precisar el perfil de su personalidad. Por él podemos apreciar el valor de sus actitudes anteriores y justipre-

(1) Edit. España. Madrid, 1930.